

culo, declaró que los dos catetos construidos sobre la línea de la hipotenusa eran iguales al tercero, y que la fuente tenía obligación de correr.

—Y sin embargo, dijo Naus, silbando á Rougiez, no corre—era lo mismo que el *pero gira* de Galileo, escepto que allí era todo lo contrario.

San Zacarias se interpuso y predicó moderación. Esto era fácil á San Zacarias, porque da nacimiento al hermoso río del Ulcatebue que tanto cieno arrastra en su seno.

Al mismo tiempo se adelantó una vieja con el libro de las centurias de Nostradamus, reclamó el silencio y leyó una centuria que prometía agua á Rougiez para el año cuarenta.

—Esa profecía es clara como el agua del río, dijo el alcalde.

—Y quedará cumplida, dijo el arquitecto; yo soy el que me he equivocado.

—¿Hola? exclamó Rougiez triunfante. ¿Conque no es culpa de la fuente?

—No, es mía, dijo el arquitecto: el canal debía haberse abierto en línea cóncava, y ha sido abierto en línea cóncava. Todo eso es negocio de cuatro años y de unos diez mil francos más, y correrá la fuente.

Era justamente la época que indicaba la predicción de Nostradamus.

Rougiez en sesión permanente y en el primer momento de entusiasmo se impuso una nueva contribución. Después todas las aldeas vecinas con los violines á la cabeza y los mulos á la cola se fueron á la fuente de San Genies donde volvió á comenzar el baile y en donde los bailarines se entregaron á una orgía hidráulica, digna de la edad de oro.

Entretanto Rougiez tranquilizado por la profecía de Nostradamus aguarda el año cuarenta. Ahora comprendéis, querido mío, cuán furioso debe estar Rougiez con la felicidad que le ha sucedido á Cuges.

—¡Caramba! ya lo creo, ¿pero de veras tiene Cuges un lago?

—Ya lo creo.

—¿Pero un lago de veras?

—Un lago de veras, no tan grande como el lago Ontario, ni como el lago Lemán ¡vive Dios! pero un lago como el de Enghien.

—¿Pero cómo ha sucedido eso?

—De este modo: Cuges se halla situado en forma de embudo; han caído mucha nieve este invierno y muchas aguas este verano, y la nieve y el agua reunidas han hecho un lago, y este lago á lo que parece se ha puesto en comunicación con manantiales que le alimentan. Patos salvajes que pasaban lo han creído seriamente un lago y se han quedado allí. En el momento en que ha habido patos en el lago se han construido barcos para cazarlos: de modo que ya se caza en el lago de Cuges: no hay pesca todavía, es verdad, pero está arrendada para el año próximo. Cuando paseis fijais

bien la atención, noche y día hay un vapor; es un verdadero lago.

—Ya ois, dije á Jadin que entraba, necesitamos un dibujo de Cuges y su lago.

—Se hará, respondió Jadin; pero ahora el desayuno.

—Es verdad, dije á Méry: ¿y el desayuno?

—Teneis razón, contestó Méry; este maldito lago de Cuges me ha hecho perder la cabeza. El desayuno os aguarda en el castillo de If.

—¿Vamos al castillo de If?

—¿No os lo había dicho?

—No.

—¡Diablo de lago de Cuges! también tiene la culpa. Es que es un lago, querido mío, un lago verdadero. Pues bien, vais al castillo de If en una lancha preciosa que nos ha prestado un amigo: un barco con el cual podría irse hasta las Indias.

—¿Y dónde está ese barco?

—Os aguarda en el puerto.

—Pues bien, vamos.

—No, idos vosotros.

—¿Cómo! ¿no venis con nosotros?

—¿Yo ir por mar? dijo Méry, ni aun iría al lago de Cuges.

—Méry, la hospitalidad exige que nos acompañéis.

—Ya sé que hago mal en no hacerlo; pero ¿qué quereis?

—Quiero una indemnización.

—¿Cuál?

—Cien versos sobre Marsella mientras vamos al castillo de If.

—¿Doscientos si quereis.

—Está dicho.

—No hay más que hablar.

—Pensad que dentro de dos horas estamos de vuelta.

—Dentro de dos horas estarán hechos los versos.

—Hecho este arreglo nos fuimos al puerto. A cada persona que encontraba Méry,

—¿Sabéis, le decía, que en Cuges hay un lago?

—¡Vive Dios! respondían los que pasaban, un lago soberbio que no se le puede encontrar el fondo.

—Ya veis, replicó Méry.

En el muelle de Orleans encontramos una linda lancha que nos aguardaba.

—Aquí tendreis vuestra embarcación, nos dijo Méry.

—Y yo, tendré mis versos?

—Estarán hechos.

Bajamos á la lancha, los marineros apoyaron sus remos contra el muelle y dejamos la orilla.

—Buen viaje, nos gritó Méry.

IMPROVISACION.

El primer monumento que se divisa á su derecha cuando se va del muelle de Orleans al mar, es la Consigna.

La Consigna es un monumento de fresca y moderna hechura, con numerosas ventanas guarnecidas de triples rejas dando sobre el puerto.

Debajo de estas ventanas hay muchas gentes que están hablando con los habitantes de esta hermosa casa.

Parecía estar uno en Madrid ó Andalucía, y tomaría á todas aquellas gentes por amantes que se ocultan de un padre ó de un tutor y que están *pelando la paba*: son primos hermanos y hermanas que tienen miedo á la peste. La Consigna es el locutorio de la cuarentena.

Un poco más lejos, enfrente del fuerte de San Nicolás, edificado por Luis XIV, está la torre de San Juan, construida por el rey René: por la ventana cuadrada situada en el segundo piso trató de fugarse en 93 aquel pobre duque de Montpensier que ha dejado sus encantadoras memorias sobre su cautividad con el príncipe de Conti. Sábese que la cuerda con la cual esperaba llegar á tierra era demasiado corta, y como se dejó caer el pobre prisionero á la ventura y se rompió el muslo al caer: y al amanecer le encontraron unos pescadores desmayado y le llevaron á casa de un barbero, donde obtuvo poder permanecer hasta su total curación.

El barbero tenía una hija, una de esas lindas muchachas de Marsella que tienen medias amarillas y un pie de andaluza. No será más indiscreto que lo fué el príncipe por mucho trabajo que me cueste. Había una linda historia que contar sobre esta muchacha y el pobre herido.

Dejamos á nuestra derecha la roca del Esteon: nos hallábamos justamente sobre la Marsella de César que ha cubierto el mar. Dicen que cuando hace buen tiempo y está el mar tranquilo se ven aun ruinas en el fondo del agua. Mucho me temo que la Marsella de César sea como el paso de los palomos.

Al pie de una roca, cerca del castillo Verde vimos á Méry. Nos enseñaba y tenía en la mano un papel y un lapiz. Comencé á creer que había hecho bien en no hacerle venir; teníamos el viento de cara, y un diablo de mistral que no quería dejarnos dentro del puerto, pero que prometía darnos buenas sacudidas en cuanto hubiéramos salido de él.

Enfrente de la salida del puerto, el horizonte parecía cercado con las islas de Restomman y Pommeges. Estas dos islas reunidas

por un muelle, cierran el puerto de Frioul-Fretum Juli, estrecho de César.

Perdóneme la etimología, que no es mía; este muelle es una obra moderna: en cuanto á Frioul, es el puerto del tifus, del cólera, de la peste, y de la fiebre amarilla, la aduana de las plagas, el lazareto, en fin.

Así hay siempre en el puerto de Frioul un gran número de embarcaciones que presentan el aspecto más triste.

Desgraciada, ó afortunadamente más bien, Marsella no ha olvidado todavía la famosa peste de 1720 que la había traído el capitán Chataud.

La tercera isla de los alrededores de Marsella, la más célebre de las tres, es la de If: sin embargo, esta isla no es más que un escollo; pero sobre este escollo hay una fortaleza, y en aquella fortaleza está el calabozo de Mirabeau.

Resulta de aquí que la isla de If es una especie de peregrinación política, como el *Santo Balsamo* es una peregrinación religiosa.

El castillo de If era la prisión donde en otro tiempo se encerraba á los hijos de familias calaveras, era una cosa hereditaria, convenida: el hijo podía pedir el cuarto del padre.

Bajo este título fué allí llevado Mirabeau.

Tenía un padre loco, y sobre todo ridículo: lo exasperó con los inauditos desarreglos de una juventud en donde se desbordaba la savia de las pasiones. Todos sus pasos hasta entonces habían sido marcados por escándalos que habían sublevado la opinión pública. Mirabeau quedó libre pero perdido en su reputación.

Aquella dura reclusión era tal vez una de las cosas de que la Providencia se servía para forzar al joven á estudiar en sí mismo la tiranía en todos sus detalles: partiendo de ahí, y cuando se aproximó la revolución, Mirabeau pudo estudiar aquella gran catástrofe social, con sus pasiones detenidas en su carrera, y sus odios reunidos durante una larga prisión. La antigua sociedad le había condenado á muerte: él la volvió su condenación, y el 21 de enero de 1790 se ejecutó la sentencia.

El cuarto que habitaba Mirabeau, el primero y frecuentemente el único que se pide ver, tanto llena con su nombre aquella antigua fortaleza el coloso republicano, está á lo último del patio en el ángulo del Sudeste del castillo. Es un cuarto que no se distingue de los demás si no porque tal vez es más oscuro. Una especie de alcoba abierta á pico en la roca, indica el sitio donde estaba su cama: dos garfios que sostenían una tabla, que hoy no está allí, designan el lugar donde ponía sus libros: en fin, algunos restos de pinturas á tiras longitudinales, azules y amarillas dan fé de las mejoras que la filantropía del amigo

de los hombres había permitido introducir al prisionero en su prisión.

Yo no soy del parecer de aquellos que pretenden que Mirabeau cautivo, presintió su porvenir: era preciso para eso que adivinase la revolución. Acaso el marinero cuando está sereno el cielo, cuando la mar está tranquila, adivina la tempestad que le arrojará sobre alguna isla desierta y salvaje en donde la superioridad de su genio le hará rey?

Al salir del cuarto de Mirabeau, el inválido que sirve de cicerone al viajero, le enseña algunas tablas viejas que se pudren en una cuadra.

Es el ataúd en que se trajo el cuerpo de Kleber á Francia.

A nuestra vuelta encontramos á Méry que nos aguardaba fumando su cigarro sobre el muelle de Orleans.

—¿Y mis versos? le dije desde lejos en cuanto le ví.

—¿Vuestros versos?

—Sí, mis versos.

—Hace una hora que están hechos.

—Salté al muelle.

—¿Dónde están? pregunté á Méry dándole un abrazo.

—Aquí los teneis, he tenido el tiempo de copiarlos en limpio. ¿Estais contento?

—Esto es maravilloso, querido.

En efecto, en menos de una hora, Méry había hecho ciento veinte y ocho versos, lo cual viene á ser dos versos por minuto.

Estos versos eran en elogio mio, y verdaderamente son una obra maestra por el poco tiempo en que se hicieron, y los que conservo toda mi vida como uno de los dones mas apreciables que me ha podido hacer jamás la amistad.

—Helos aquí, despues de haberlos leído, me dijo Méry.

—Pues no es eso solo lo que he hecho mientras os he estado aguardando, he encontrado una crónica que os faltaba para concluir vuestro cuadro de Marsella.

—¿Cuál?

—Marsella en 93.

—Venga pronto la crónica.

—Vamos primero á la plaza de Petit-Mazeau: mi hermano nos aguarda allí con su manuscrito.

Fuimos al sitio designado: Luis Méry me enseñó una casita baja y de mezquina apariencia, y que sin embargo estaba rebocada y puesta como nueva cuanto era posible.

—Mirad bien esa casa, me dijo Luis Méry.

—Ya la he mirado; y bien, ¿qué es esa casa?

—Volved á la fonda, leed ese manuscrito, y lo sabreis.

Obedecí puntualmente.

Leo el manuscrito desde la primera hasta la última línea.

Ved aquí lo que era aquella casa.

MARSELLA EN 93.

COQUELIN.

Hacia el mes de marzo de 1793, llegó un hombre de París á Marsella, y se fué inmediatamente al palacio de Justicia. Púsose sobre su cabeza un sombrero adornado de plumas tricolores. Desplegó un papel firmado por los miembros del comité de Salud pública, en cuyo papel se le instituía presidente del tribunal revolucionario. Nadie se opuso á su instalacion, solamente le preguntaron como se llamaba: respondió que se llamaba el ciudadano Bruto. Este nombre estaba muy en moda en aquella época; así nadie se admiró de la elección que habían hecho en París del ciudadano, presidente del tribunal revolucionario de Marsella.

Durante todo el año 92 y todo el principio de 93, la guillotina había descansado un poco en Marsella; se habían elevado quejas al comité de Salud pública, y este había enviado al ciudadano Bruto para dar un poco mas de actividad á la máquina revolucionaria. A la primera vista pudo conocerse que la elección era buena: el ciudadano Bruto entendía maravillosamente el modo de poner en actividad las tablas de la guillotina, y de llenar las cárceles.

Todos los días le llevaban listas de los sospechosos. Para no perder su tiempo, Bruto llevaba las listas al tribunal revolucionario, y condenaba á muerte sin que la menor emoción de placer ó pena se representase en su arrugado rostro. Despues, mientras el escribano leía la sentencia, indicaba sobre las listas de los sospechosos que le habían entregado por la mañana, el nombre de los que debían llenar las prisiones vacías por los que salían al cadalso por la tarde.

Concluida esta tarea, volvía á su oscuro tercer piso, que por una de las travesías que se encuentran frecuentemente en las antiguas ciudades, ponía en comunicacion la *Calle Grande* y la de la Cuchillería. Allí permanecía solo é invisible aun para los Saron y los Mourelles, que eran los Carriers y los Fouquier Tivilles de este otro Robespierre.

Algunas veces Bruto salía para pasearse por la ciudad, y se cubría la cabeza con un gorro de piel de zorro, y llevaba arrastrando un gran sable que hacía saltar las chispas del empedrado de las calles. El resto de sus vestidos se componía de una carmañola, y un par de pantalones de color oscuro.

Cuando así lo encontraban haciendo suron-

da, todo el mundo se apresuraba á quitarse el sombrero, de miedo de que no les quitase la cabeza.

Gracias á su hermoso sol, á sus alegres casas pintadas con vivos colores, y al azulado mar que sonríe á sus pies, Marsella, aunque profundamente afectada con aquella fiebre revolucionaria que le sacaba lo mas puro de su sangre, había conservado durante algun tiempo el aspecto de felicidad que la distinguía, y que hace el carácter principal de sus habitantes. Sin embargo, poco á poco se fué estendiendo sobre ella un velo de luto. Sus calles bulliciosas se convirtieron en silenciosas, y sus ventanas parecidas á los quitasoles que se abrían á su vez para aspirar los primeros rayos del sol y las primeras brisas de la tarde, permanecían cerradas. Por un, en fin, último sintoma de dolor, aun mas triste en una ciudad comercial que en cualquiera otra, las tiendas estaban cerradas, á escepcion de una sola.

Esto era sin duda la causa del inocente comercio del que la habitaba, porque encima de la puerta de la tienda había una muestra que decía:

Coquelin, fabricante de juguetes de carton.

Además, probablemente para llamar la proteccion de la república sobre su establecimiento, el propietario había hecho pintar un gorro colorado encima de aquella muestra, cuya inscripcion se hallaba colocada entre una hacha y una media luna.

La tienda de Coquelin tenía las puertas á la plaza del *Petit Mazeau*, era una especie de bóveda pequeña y oscura. El que al pasar por ella echaba una mirada, veía á poca distancia del puesto de la puerta, una mesa y una silla, y delante de aquella mesa y en aquella silla, á un hombre de ojo apagado, megillas pálidas, ocupado en cortar con unas tijeras hojas de carton, y trabajar una casa, un pozo, un árbol, ó un cochecito con sus caballos, ó en hacer bailar un polichinela tirándole del hilo que colgaba entre sus piernas, ó en vestir ó desnudar alguna muñeca. Ocupábase en cualquiera cosa, sus movimientos eran dulces y moderados: dirigía lentamente sus manos cual compás, ó al puchero de la cola, cuando cogía el pincel ó á la tijera, y su rostro permanecía constantemente animado de una benévola sonrisa, perfectamente acorde y en armonía con sus sencillas ocupaciones.

De tiempo en tiempo se levantaba, entraba en la trastienda, y allí desaparecía á la vista de los que pasaban por la calle. Oíase entonces el ruido de una rueda, y el rápido roce de los instrumentos, como cuando se afila un cuchillo, ó una navaja, ó unas tijeras, algunas chispas brillaban en la permanente oscuridad de la trastienda; aquella chispa se estinguía inmediatamente en la oscuridad. Despues aquel buen hombre abría y cerraba la puerta

de la trastienda, volvía á sentarse sobre su silla, y continuaba su muñeca de carton, ó la casa que había interrumpido. Aquel hombre era Coquelin.

Hacia algunas semanas que una jóven se detenía delante de la tienda de Coquelin. No porque se complaciese en examinar los juguetes que aquel hombre fabricaba, sino por deferencia á una niña bonita de seis años con una cabeza de querubin, que cada vez que pasaba por delante de la tienda tiraba del vestido á su mamá con la mano á fin de que se parase, y detenía sus hermosos ojos azules sobre las obras maestras de aquel buen hombre. Su madre en su color pálido, en sus largos cabellos rubios, demostraba que era una flor estrangera á la ardiente atmósfera provenzal que encontraba á su hija tan feliz mirando en la mesa de Coquelin aquellos juguetes que la causaban tanto gozo.

Coquelin tenía muy poca curiosidad; empero, sin embargo, había concluido por reparar en aquella muger y aquella niña, á las que, á pesar de su falta completa de educación, hacía una amistosa señal con la cabeza, que tranquilizaba á la madre y animaba á la hija.

La jóven preguntó un día á Coquelin el precio de una bonita casa de carton, cuyo techo imitaba perfectamente las tejas, y que tenía persianas pintadas de verde. Saltaba la niña de alegría dando palmadas con su manita á la idea de que su madre pudiese comprarle tan linda casita. Coquelin examinó el trabajo del objeto que le pedían, y despues de haber reflexionado un instante, pronunció estas palabras: tres francos; eran las únicas que la jóven le había nunca jamás oído pronunciar. Puso el precio sobre la mesa, porque Coquelin no había alargado la mano para recibir el dinero, y la niña radiante de alegría y de orgullo se llevó el soberbio juguete.

A la mañana siguiente, sea que la niña satisfecha de su adquisicion de la vispera no hubiese manifestado tanto deseo por los demas juguetes que contenía la tienda de Coquelin, sea que la jóven se hubiese visto detenida lejos de la calle de Petit Mazeau por el asunto que tan triste le tenía, ni la madre ni la hija se presentaron en la tienda.

Hasta la hora en que tenían costumbre de detenerse delante de su tienda, permaneció muy tranquilo Coquelin, entregándose constantemente á su habitual ocupacion. Cuando llegó la hora, volvióse muchas veces hácia la puerta cual si aguardase que hubiesen venido; pero cuando pasó la hora, Coquelin pasó de la impaciencia al desasosiego, y sacaba frecuentemente su cabeza para mirar á los dos extremos de la calle, volviendo cada vez que veía frustrada su esperanza con un aire apesadumbrado y triste. Aquel día cortó mal, no pudo acabar una casa: los pedazos no encajaban, la cola se quemó, las tijeras se torcieron: cosa

admirable, nada hizo con concierto, é inco-
modado y con ira, cerró la puerta de su
tienda.

Al día siguiente, las pálidas y arrugadas
megillas de Coquelin se pusieron casi encarna-
das, cuando la jóven y su hija se aproximaron
á su tienda. Sin embargo, no demostró su ale-
gría sino con una ligera sonrisa que procuró
contener: animada la niña con la sonrisa en-
tró prontamente en la tienda, y vino á colo-
car una manita sobre la espalda de Coquelin,
mientras que con la otra hacia girar una ve-
leta colocada en una torre de carton: Coque-
lin se volvió hácia la encantadora niña, y le
hizo un gesto de amistad: la niña se familia-
rizó completamente con la pacífica figura del
fabricante de juguetes, y concluyó por jugar
con él, de tal modo, que su madre que tenía
los ojos clavados sobre las paredes del palacio
donde el tribunal revolucionario tenía sus
sesiones, no reparó que la niña se instalaba
en la tienda de Coquelin, metiendo su dedito
en el puchero de la cola, haciendo bailar los
polichinelas, rodar los coches, abriendo las
ventanas de las casas de carton, y trastor-
nando todo cuanto allí habia, sin que Co-
quelin la dijese nada ni profríese la menor
queja, mirando alternativamente á la hija y
á la madre.

En un momento en que miraba á la ma-
dre, la niña se desapareció en la trastienda,
y casi inmediatamente dando un grito, volvió
á presentarse en el dintel de la puerta inte-
rior, con un dedo lleno de sangre.

A aquel grito volvióse vivamente la ma-
dre y se precipitó en la tienda.

—¡Dios mio, Dios mio! le dijo, ¿que has
hecho, pobre hija? ¿Te has cortado?

—¡Oh, mamá, mamá, respondió la niña sa-
cudiendo su manita, y haciendo todo lo que
podia para contener sus lágrimas, no me ri-
ñais, no me riñais, es una cuchilla que me
ha mordido.

—¡Una cuchilla! exclamó la madre.

El rostro de Coquelin se puso livido de
palidez, y cerrando con cuidado la puerta de
la trastienda, se metió la llave en el bol-
sillo.

—No es nada, no es nada, dijo con voz
temblona. Aquí teneis tafetan de Inglaterra,
curadla vos misma, yo tengo la mano muy
pesada.

Y con una atención y premura extraor-
dinarias, Coquelin presentó á la jóven una
taza llena de agua y se puso de rodillas de-
lante de la niña, mientras su madre la tenia
el dedo y aplicaba en la cortadura un peda-
zo de tafetan inglés.

—Habrás puesto imprudentemente la mano
sobre algun cuchillo de cocina, dijo la jó-
ven un poco tranquilizada. Estos niños á to-
do echan mano.

—¡Oh! ciudadana, respondió Coquelin, mu-
cho lo siento, porque hubiera debido tener

mas cuidado, es culpa mia. Pero la señorita
Luisa es tan lista y tan traviesa...

—Es mas aturdida que una mariposa, dijo
la jóven con una triste y dulce sonrisa.

Aquella sonrisa por pasajera que fuese,
hizo á Coquelin mas expansivo. Sintió no te-
ner ni una silla, ni un taburete que presen-
tar á la ciudadana y á su hija. Su conversa-
cion era la de un hombre de pocas ideas, y
de cierta tenacidad de carácter, lo que casi
siempre va unido. Ademas sus palabras eran
cortadas y las decia con acento montañés. Por
su parte la jóven comenzaba á acostmbrarse
al trato de aquel hombre que habia comen-
zado por inspirarle una repugnancia de que
no sabia darse razon. Asi le hizo algunas pre-
guntas.

—¿Y este trabajo? ¿basta á vuestras exigen-
cias? le preguntó.

—Trabajo tambien en otras cosas, respon-
dió Coquelin.

—¿Y os produce mucho ese trabajo?

—Si, si, me pagan bien.

—¿Y nunca os falta trabajo?

—Es decir, respondió el obrero que se ha-
bia puesto otra vez á su tarea levantándose las
mangas de su blusa; es decir, que hay épocas.

—Y ahora es buena época á lo que parece,
preguntó la jóven, porque me pareceis con-
tento.

—Si, si, hace dos meses casi que no faltan
encargos, y se aumentan todos los dias, gra-
cias al ciudadano Bruto.

—¿Conoceis al ciudadano Bruto? exclamó
la jóven sin reflexionar en aquella terrible
influencia que podia tener el ciudadano Bru-
to en el comercio de un fabricante de jue-
tes de niños.

—Toma, que si conozco al ciudadano Bru-
to! respondió Coquelin, ya se vé que le co-
nozco, es un hombre que no todo el mundo
trata.

—¿Con qué le conoceis! ¡oh Dios mio, tal
vez la Providencia me ha conducido aqui! ¿Y
lo veis con frecuencia?

—Si, asi, de tiempo en tiempo. Cuando he
concluido la tarea del dia, voy á recibir sus
órdenes para el dia siguiente. Tomamos una
copita juntos y brindamos á la salud de la
república una é indivisible. ¡Oh! no es orgu-
lloso ni altivo el ciudadano Bruto.

—Ciudadano Coquelin, me pareceis un buen
hombre.

—Un buen hombre... yo... ciudadana.

—¿Me haréis un favor, no es esto?

—Contad con él, si puedo, ciudadana.

—Ciudadano Coquelin, voy á deciroslo to-
do. Tengo preso á mi marido, y por eso pa-
so todos los dias por esta calle: está inocente,
os lo juro, pero tiene enemigos porque es
rico. ¿Si pudieseis implorar por él la libertad
del ciudadano Bruto?... Se llama Roberto mi
marido: conservad bien su nombre en la me-
moria, y pues que conoceis al presidente

Bruto, puesto que vais á verle al fin de vues-
tro trabajo, podríais decir la primera vez
que vayais, que una pobre señora muy des-
graciada, le suplica en nombre del cielo que
la conserve á su marido: decidle que nada ha
hecho mi pobre Carlos, el padre de mi Luisa:
decidle que nunca ha conspirado, que es buen
patriota, que ama la república ¡si supierais
como la ama!... ¡si supierais como ama á su
hija!... Preciso es que yo os diga que todos
los dias le veo: á las cinco pasa por delante
de unas rejas, y me hace una señal: asi todos
los dias á las cinco vamos á aguardar esa se-
ñal delante de su ventana. He hecho todo lo
que he podido para ver al ciudadano Bruto,
pero no me han dejado llegar hasta él. Sin
embargo, tanto le hubiese rogado, tanto le
hubieseuplicado, que me hubiera concedido
la vida de mi marido, estoy segura. La Provi-
dencia y Dios me ha conducido aqui, y pues
que vos conoceis al ciudadano Bruto, estoy
segura que no matará á mi Carlos. Luisita, hi-
ja mia, exclamó la pobre madre toda llena de
desconsuelo, quieren matar á tu padre; rue-
ga conmigo al señor Coquelin para que no le
maten.

Luisa se puso á llorar gritando: yo no
quero que maten á papá, señor Coquelin, no
mateis á papá.

El rostro de Coquelin se puso livido de pa-
lidez.

—No hagais caso de lo que dice esta niña,
exclamó la madre, no sabe lo que se dice, mi
buen señor Coquelin.

Y quiso coger las arrugadas manos del
fabricante, que las retiró con viveza.

—No toqueis mis manos, ciudadana, dijo
con una especie de terror.

Retrocedió la muger; no comprendia el
movimiento de Coquelin. Hubo un instante de
silencio.

—¿Con que decis, replicó Coquelin, que
la vida de vuestro marido depende del ciuda-
dano Bruto?

—De él solo, exclamó la jóven.

—¡Muy duro es el ciudadano Bruto! conti-
nuó Coquelin meneando la cabeza; muy duro,
muy duro; y exhaló un suspiro.

—¿Me negais vuestra proteccion? preguntó
con timidez la jóven tendiendo sus manos en
actitud suplicante.

—Yo, dijo Coquelin, ¿yo rehuser nada de
lo que pueda hacer? ¡Ah! no me conoceis,
ciudadana. Ademas, ¿no me habeis comprado
una cajita de carton? ¿No venis todos los dias
á mi tienda donde viene tan poca gente? ¿No
me hablais con vuestra vocecita tan dulce, á
mí, pobre hombre á quien nadie habla? Y sin
embargo, hacedme justicia, tengo la tienda
mejor surtida de Marsella. ¿Hay nadie que
menea mejor que yo las tijeras, que tenga
mi destreza? Mirad esta purichinela que linda
es, no hay mas que tirar de esta cuerdecita,
y los brazos, las piernas, la cabeza, todo se

agita, todo se mueve: mirad, mirad. La jó-
ven, por complacerle, miró al través de las
lágrimas que empañaban sus ojos, el grotes-
co purichinela que Coquelin con el rostro lle-
no de satisfaccion, orgulloso, de artista, ha-
cia bailar. Por su parte, Luisita, pasando del
dolor á la alegría como una niña que era,
saltaba de puntillas riendo como una loca.
Habia tomado la escena un carácter interesan-
te y casi patriarcal. Arrellanado en la silla
Coquelin tenia con una mano á la altura de
su nariz, la figura de carton cogida por la
cabeza, y con la otra mano comunicaba por
medio de una cuerda, un movimiento rápido,
á los brazos y á las piernas del purichinela.
Cuanto mas se meneaba la figura de carton,
mas alegremente reia Luisita. Saboreaba Co-
quelin su triunfo de mecánico. Estaba radian-
te de alegría su rostro, y decia tirando al
mismo tiempo de la cuerdecita, y uniendo su
voz con los gestos del purichinela:

—¿Con qué decis, ciudadana, que está en-
cerrado vuestro marido? Bien, veré al ciuda-
dano Bruto: le hablaré... ¡es duro el ciuda-
dano Bruto! pero quien sabe... en todo caso yo
haré todo lo que pueda por vuestro marido:
estad tranquila, perded cuidado, ciudadana...
Desgraciadamente no puedo mucho... pero
todo lo que pueda lo haré... todo.

—Que bueno sois, señor Coquelin.

—Tengo memoria, ciudadana, la tengo....

No olvidaré jamás que hace dos semanas ve-
nis á verme trabajar media hora todos los
dias, y que durante esa media hora, no sé
por que, soy feliz. Es que, ya lo veis, en Mar-
sella no aman á los artistas... yo estaba
condenado ha admirarme solo... Mirad, pues,
como baila mi purichinela: Luisita quiere mu-
cho á su papá, ¿no es verdad?

—Con todo mi cosazon, y con toda mi al-
ma, respondió la niña.

—Está bien ¿no has roto la casita?

—Yo, no, señor Coquelin, la he puesto en
la mesa de juego del salon.

—Debeis estar muy contenta, ciudadana,
de tener una niña tan guapa.

—Si, dijo la jóven, y como es muy juicio-
sa, voy á comprarla el purichinela.

Luisita dió un grito de alegría, Coquelin
se levantó con toda su estatura, entregó el pu-
richinela á la pobre madre, que le pagó cua-
tro francos, y recomendando por último ver
su marido á Coquelin, se marchó.

—A propósito, las señas de vuestra casa,
ciudadana, la preguntó.

—Calle de Tionvillois, número 6.

—Gracias, dijo Coquelin, y volvió á entrar-
se en su tienda. Escribió en un pedazo de
papel, las señas que acababa de darle la jó-
ven, se metió el pedazo de papel en el gra-
siento bolsillo de su trage, lanzó un suspiro,
y se entró en la trastienda. Un instante des-
pues brillaron las chispas, y se oyó el rui-
do de la piedra de afilar.

A la mañana siguiente hacía las once de ella, supo la joven que su marido había corrido ante Bruto, y que Bruto le había condenado a muerte. Aturdida quedó desde luego enteramente con aquel golpe la joven. Pero vió á su hija que jugaba con la linda casita: pensó en Coquelin: dijo á Luisita que fuese juiciosa, y se divertiese con sus juguetes, cerró la puerta con llave, y corrió como una loca á la calle de Petit-Mazeau.

La tienda del fabricante de juguetes estaba cerrada.

Desvaneciábase la última esperanza: púsose á llamar con el puño cerrado contra aquella puerta como una loca, dejando caer hacia atrás de vez en cuando la cabeza, arrojando tristes suspiros. Nadie respondió, pero una vecina vieja se asomó abriendo la ventana, y viendo aquella joven que llamaba sin descanso, le preguntó que quería.

—Quiero hablar al ciudadano Coquelin, exclamó la joven.

—El ciudadano Coquelin ha marchado con su carrito; respondió la vieja: debe hallarse á estas horas en la Canneviere; y la vieja cerró la ventana.

La joven se echó á correr hacia el lado indicado, pero á medida que se aproximaba era tan considerable la multitud, que se vió obligada á detenerse en una de las calles inmediatas.

Gentes con cara patibularia, decían:

—Qué desgracia la de no poder llegar mas lejos. Hoy llevan doce; los que tienen las primeras sillas lo verán por su dinero.

La pobre joven se desmayó.

Llevaronla á una casa, registraronla sus bolsillos, le encontraron una carta y sus señas, y la llevaron á la calle Tionvillois.

Cuando volvió en sí, Luisita estaba de rodillas, y una anciana que la había acompañado desde París, la echaba agua en la cara.

Quiso levantarse, pero se hallaba tan débil que tuvo necesidad de volverse á sentar.

Permaneció dos horas con las manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, el ojo fijo, sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de dos horas llamaron violentamente á la puerta.

—Id á ver quien es, dijo á la anciana criada.

La criada bajó: un instante despues volvió á entrar toda trémula trayendo un billete en la mano.

Un hombre con un gorro colorado le había arrojado aquel billete en la escalera, entregándole para la ciudadana viuda de Roberto.

La joven cogió el papel. Esto era lo que estaba escrito en él:

«Ciudadana, eran doce; vuestro marido era el doce. Le he hecho pasar el primero: ya veis que he cumplido mi promesa. He hecho todo cuanto he podido.

» Coquelin. —(Verdugo.)»

En aquel momento Luisita dijo á su madre: —Mamá, mirad que bien baila mi purichinela.

La pobre muger se levantó, hizo pedazos el purichinela y la casita de carton, y cogiendo á su hija en sus brazos, volvió á caer desmayada diciendo:

—¡Mónstruo! han muerto á tu padre.

TOLON.

En atención al proverbio de que no hay compañía por buena que sea que no sea necesario dejar despues de tres dias de fiestas y placeres, tuve que separarme de aquella alegre y honrada compañía marsellesa en la que se me había pasado una semana con la rapidez de una hora.

Al acompañarnos al carruaje Méry recomendó á Jadin no se le olvidase sacarle al pasar un dibujo del lago de Cuges, nos abrazamos despues, y nosotros echamos á andar para Tolon y Méry volvió á Marsella.

El camino que se toma para salir de la capital de la Provenza, es tan caloroso y tan lleno de polvo como el que se sigue para llegar á ella: nada hay mas monótono y mas triste que aquellos olivares mezclados de viñas en cuyo intervalo, como dice el presidente Brosas, se levantan por curiosidad algunas matas de trigo.

Al cabo de una ó dos horas entramos en las montañas peladas y áridas en las que el sol y las lluvias no han dejado mas que su esqueleto de granito. Seguimos el fondo de un valle tan seco como el resto del camino: por último hacia el anocheecer, al doblar una gigantesca roca que obliga al camino á describir una curva, nos hallamos delante de una gran sábana de agua: era el lago de Cuges.

Como el conductor estaba á nuestras órdenes, hicimos alto allí; Jadin como lo había prometido sacó una vista para Méry. El lago estaba en el primer término, Cuges y su iglesia en el segundo: el tercero lo formaban las montañas. Durante este tiempo cogí mi escopeta y seguí sus orillas para ver si encontraba algun pato: desgraciadamente aun no habían tenido tiempo de crecer los cañaverales, y los patos estaban en medio del lago á gran distancia.

Volví cerca de Jadin que había concluido su croquis y nos dispusimos á pasar el lago.

No era operacion sencilla. Los cugences aun no habían tenido tiempo de construir un

puente: además, antes de construirlo querrian sin duda asegurarse de que les seria permanente el lago. En el entretanto el agua había cubierto la carretera: veíase bien el camino entrar por un lado y salir por otro: pero por el espacio de un cuarto de legua no se tenía otro guía para seguirlo que algunas piedras ó postes á derecha é izquierda. Como el camino formaba calzada, por poco que nos separáramos á un lado ó á otro caíamos en profundidades que no podíamos medir por las ramas de los árboles que aparecían como matas á flor de agua. Empecé á creer que la Providencia había sido muy pródiga con Cuges al darle semejante lago cuando los cugences se hubiesen contentado con una fuente como bastante.

Sin embargo, como no había ni puente ni barca, tuvimos que adoptar nuestra resolución: subimos á la imperial del coche á fin de estar mas dispuestos para salvarnos á nado: y con audacia nos lanzamos en el lago saliendo sin percance alguno á la otra orilla.

Hallamos á Cuges en conmocion: el gobierno había tenido noticias de su lago y había puesto la mano en ello. Los lagos son de derecho propiedad de los gobiernos, únicamente que en este se suscitaba un litigio. Este lago era de fecha reciente y no subía como los otros á la creacion del mundo, á lo menos del diluvio. Por el diluvio, como se sabe, hacen los lagos su prueba de nobleza: el diluvio es el 4399 de los lagos. El de Cuges se había entendido sin cumplimiento alguno sobre propiedades y fincas que pertenecían á ciudadanos de las poblaciones circunvecinas. Estos propietarios querían dejar el lago al gobierno, pero siendo indemnizados de las tierras que pedían por esta concesion. Las aguas y los bosques se reían de ellos; ellos se reían de las aguas y los bosques: así había ya habido un gran gasto de papel sellado y los cugences, como aquel pobre zapatero convertido en rico, estaban casi dispuestos á devolver su lago si querían devolverles su tranquilidad.

Nos detuvimos en Cuges, y volvimos á salir al dia siguiente á las seis de la madrugada.

La única cosa curiosa que nos ofreció el camino hasta Tolon, eran las gargantas de Ollioules: las gargantas de Ollioules son las Termópilas de la Provenza. Figúrense rocas escarpadas de dos á tres mil pies de altura en cuyas cimas hay algunas poblaciones perdidas á que se sube sin saber por donde y se inclinan curiosamente para vernos pasar. Algunas de estas montañas tienen la pretension de ser volcanes apagados: no me opongo á ello.

Apenas se sale de las gargantas de Ollioules se presenta un gran contraste: en lugar de aquellas dos paredes de granito tan peladas y tan próximas que sofocan, se encuentra

una deliciosa llanura encajonada á la izquierda por las montañas en semicírculo y á la derecha por el mar.

Aquella llanura es la estufa de la Provenza: allí brotan el aire libre y á porfía la palma de Siria, el naranjo de Mallorca, el nefeer del Japon, el plátano de las Antillas, el yesca de la América, el lentisco de Creta y la acacia de Constantinopla. Aquel es el país de las plantas exóticas, que vienen del Oriente y del Mediodía para ir á morir á nuestros jardines botánicos del Norte. Felices las que allí se detienen porque pueden creerse todavía en su país natal.

A la izquierda de la vuelta del camino que dirige desde las gargantas del Ollioules á Tolon, se verificó el 18 de junio de 1815, el mismo dia de la batalla de Waterloo la entrevista del mariscal Brune y Murat. Este se hallaba vestido de mendigo con un capote gris, un sombrero á la catalana y anteojos de oro. Lo que pedía el mendigo real era volver á ocupar su lugar como simple soldado en los ejércitos de aquel á quien dos veces había perdido, la primera declarándose contra él, la segunda declarándose por él.

Sábese cual fué el resultado de aquella entrevista. Murat, rechazado de Francia, pasó á Córcega, de Córcega se embarcó para Calabria: puede encontrarse su cadáver en la iglesia de Pizzo.

Al entrar en Tolon pasamos por delante del famoso balcón de Puget que hizo decir al caballero Bernuin cuando llegó á Francia, que no merecía la pena el enviar á buscar artistas á Italia cuando se tenían en su casa gentes capaces de hacer semejantes cosas.

Las tres cabezas que sostienen aquel balcón son los retratos de los tres cónsules de Tolon á quien Puget había quedado agradecido: así la ciudad los conserva cuidadosamente como retratos de familia.

Llevaba cartas para Mr. Lauvergne, joven médico del mayor mérito que había acompañado al duque de Joinville en sus escursiones á Córcega, Italia y Sicilia, y hermano del Lauvergne, el pintor de marina, que ha dado dos ó tres veces la vuelta al mundo.

Como contábamos detenernos en Tolon nos ofreció en lugar de nuestro sombrío aposento en la ciudad una pequeña bastida ó casa de campo muy ventilada que tenía en el fuerte la Malgue. Aceptamos al instante esta oferta que nos hizo con tanta franqueza. Aquella misma noche quedamos instalados en ella, de modo que al dia siguiente al despertarnos y al abrir nuestras ventanas tuvimos delante de nosotros un mar infinito que hay necesidad de ver de tiempo en tiempo cuando se le ha visto una vez y que no se cansa uno jamás de ver.

Tolon tiene pocos recuerdos; fuera del sitio que le puso el duque de Saboya y la traicion que lo entregó á los ingleses y á los es-